



Columna



Marlene Bohle,
escritora puertomontina

Los bosques son mucho más que árboles

Zur heutigan Zeit ist der Wald kleiner. Asida de esta frase básica me adentro al universo del bosque, el mismo en el que capturaba flores la tierna Caperucita. El mismo bosque que circundaba y abrasaba los valles más pretéritos del antiguo Huelén. Resulta extraño pensar que hace un par de siglos, Santiago era un valle verde con una calidad inmejorable de tierra; pero centímetro a centímetro la fueron tapiando de cemento, se cubrieron los lechos de los ríos y se instituyeron edificaciones y calles.

El ser humano había logrado más espacios para habitar e instalar fábricas, colegios, industrias, algún parquecito y muchos plátanos orientales y palmeras. Estas labores demandaron remover suelos, alterar el ecosistema para siempre y transportar los áridos y procesar el cemento. Alguna vez, el Mapocho fue un manantial de vida, el que se vio prontamente arrasado por toneladas de materiales, desechos, aguas servidas, vertederos y entonces la naturaleza se levantó en aluviones, crecidas, inundaciones y como resultado de todo esto, se fortalecieron los cerros con más cemento, se cerraron acequias y se delineó el curso del río. Se pasó así del bosque a la ciudad. Sin mayores regulaciones que atiendan al desequilibrio y la inestabilidad.

Cuando hablamos de bosque no consideramos sólo a los árboles. El bosque es un ecosistema riquísimo y de gran amplitud para la creación de vida y aliento del aire que nos es imprescindible para vivir. Es una forma natural de existencia y no se asemeja en nada a una plantación. Los árboles desperdigán sus hojas creando un suelo delicado y variado de formas, texturas, colores

y tejidos.

Sobre esa mullida alfombra crecen diminutos insectos, bacterias, hongos, enredaderas, líquenes, animales más pequeños, florecillas y pájaros. Los árboles reciben el riego bendito de las nubes y la obsequian a todos los demás integrantes de este universo e incluso guardan algo para las urgencias futuras. Lo anterior, implica que el bosque es también un regulador de flujos hídricos, aparte de su función de liberar oxígeno y absorber dióxido de carbono.

Volviendo a nuestra casa humana, es decir, Puerto Montt, es bueno retroceder a los días en que los árboles llegaban al mar, como digo en un poema, constancia de los "tocones" que aún existen en Coihuin, los que nos hablan de un tiempo de exuberancia ecológica. Hace unos 50 años, estábamos rodeados de bosque. Hoy, las edificaciones cuelgan de las laderas y se sigue construyendo edificios en terrenos de poca firmeza y se atiende con urgencia y cemento los pequeños manadores de agua que proceden desde el útero de la tierra madre.

No digo que no se deba hacer uso de los árboles, pero de forma noble y no vil; esto es, no depredar al arbitrio de motivaciones meramente económicas, sino el disponer de lo existente en dignidad, respeto y humildad. Bajo la capa del bosque anidan pájaros o en los socavones del tronco que cayó herido de muerte. Todos hacemos falta, tanto pequeños e infinitesimales bacterias y plantas, como los que proveen ese 25% de medicamentos usados en la medicina moderna, por ejemplo.